

Tentativa para perseguir personajes kafkianos en el siglo XXI

Omar Baca Muñoz
El Colegio de México / UNAM

KAFKA FUE USADO —SOBREEXPLOTADO, según Susan Sontag— como el gran mito para dotar de imágenes y expresiones al siglo XX. A golpes de hermenéutica, filósofos, críticos y otros intérpretes lo transformaron en un profeta de todos los males que comenzaron mientras él vivía y que se agravaron después de su muerte: el antisemitismo, los campos de concentración, la burocracia, el control estatal, el capitalismo, el totalitarismo... Estas lecturas le proveyeron permanencia, canonización y un lugar único en la cultura occidental. También aquellas que lo reducían a un creador de parábolas metafísicas. Así lo entendió, por ejemplo, Borges. “Kafka y sus precursores” es un gran ensayo sobre los efectos de la literatura y la lectura a través del tiempo, pero es una interpretación excesivamente reducida de Kafka. Borges disminuye al admirado autor de *El castillo* a una serie de paradojas —“mitos sombríos” e “instituciones atroces”—. A partir de ese sesgo, Borges quiso convertir a Kafka en un precursor de Borges. Para suerte de ambos, fracasó.

Hay un tercer abuso hermenéutico, que convierte a Kafka en un nuevo ejemplo de una figura creada y nutrida en el siglo XIX: la del escritor atormentado. Él mismo, influido por esa tendencia, dejó bastantes documentos que después fueron el combustible ideal para fomentar esa forma rebuscada de la idolatría. Ya fuera que se entendiera su obra como un efecto de su vida, ya fuera que se relatara su vida como una continuación de su escritura, el mito provocó ensayos y narraciones que, al menos en su época, circularon como la creación colectiva —sospechosamente coherente— de un personaje complicado y sin posibilidades de escapar al sufrimiento.

Ese Kafka del siglo pasado, en sus tres versiones —profeta, parabolista, escritor-víctima—, depende de entender la obra kafkiana como una saga de situaciones: en esas lecturas, por decirlo así, lo importante no es K., sino el castillo;



no es Gregor Samsa, sino la transformación; no es Josef K., sino el proceso, y así podemos seguir con todo. No me parece un método despreciable, pues fue útil para confrontar, desde la literatura, los diversos dilemas de la escritura y la historia del siglo, y porque las situaciones kafkianas son suficientemente originales y complejas, de ahí que cuentos como “La condena” hayan tenido interpretaciones tan eficaces y variadas que ni siquiera se preocupaban mucho por el protagonista condenado.

Ante la arbitrariedad disimulada de recordarlo por el centenario de su muerte, me pregunto cómo se puede vincular a Kafka, sin forzar interpretaciones, con los males y las situaciones de nuestra época. Propongo ir a contracorriente de las tendencias anteriores. En vez del Kafka profeta, parabolista o drama encarnado de la escritura, nos conviene más el escritor moderno, si tomamos en cuenta que dicha modernidad está cada vez más lejos de nosotros. No pretendo decir que el siglo XX ignoró ese rasgo de Kafka, pero fue de los menos llamativos. Sin necesidad de ignorar las situaciones con que Kafka metaforizó el mundo, podemos concentrarnos en sus personajes. Tampoco quiero sugerir que los lectores del XX pasaron sin fijarse en Josef K., sino que para nuestro presente habría que volver a ellos, no tanto por lo que les sucede, como por lo que deciden, piensan y hacen —por lo que son—.

Del canon de narradores occidentales vanguardistas —Woolf, Jo-

yce, Proust, Faulkner—, Kafka parece uno de los menos experimentales. No mezcló géneros, no jugó con narradores y perspectivas, no construyó un estilo cargado de retórica ni una prosa oscura, no alteró la tipografía ni abandonó la puntuación ni intentó complicadas representaciones de la consciencia. Pero al leerlo descubrimos que quizá su experimentación, si menos evidente, fue más radical. Alteró la idea misma de causalidad. Esto se nota sobre todo en su novela menos perfecta, *El desaparecido* (cuya escritura abandonó en 1913), y se confirma en la que quizá sea la mejor adaptación cinematográfica de una obra kafkiana: *Relaciones de clase* (1984), de Jean-Marie Straub y Danièle Huillet. El famoso absurdo de su obra, además de mostrarse en las paradojas y las premisas que narra, también se expresa en la forma misma de la narración, en la que una cosa puede ocurrir de un momento a otro, sin antecedentes, como en las novelas de caballerías y en los sueños, sin por ello sacrificar el realismo frío de su estilo. No hay explicación científica ni mágica de la transformación de Samsa. La complejidad de *El castillo* se debe a la idea de una institución o un lugar imposible de acceder, pero también a las escenas impredecibles que escapan al sentido común de las convenciones literarias.

A pesar de alterar la causalidad, Kafka sigue siendo un novelista narrativo. Su prosa no deriva hacia el fragmento o el ensayo ni hacia el lirismo



o la yuxtaposición, tropos frecuentes en la novelística contemporánea. Sus obras parecerían artefactos convencionales del realismo decimonónico, si no fuera por los inicios radicales y extraños de sus narraciones y por las escenas que se van acumulando en una línea inverosímil y carente de indicios. Sin ceder a la simpleza de la intriga, el narrador nos arrebató la certidumbre de lo que ocurrirá a continuación. ¿Qué relación puede tener esto con nuestro siglo? Estéticamente, la propuesta kafkiana para este milenio todavía permite abrir otras vías de la narración, sin abandonar del todo la narrativa. Así podemos escapar al sentido común del mercado y de la crítica que domina nuestra época. ¿Por qué usar historias que funcionen y tengan sentido cuando la realidad parece no solo no tenerlo, sino resquebrajarse en interrupciones y escenas dispersas? Así que la narrativa anticausal de Kafka no solo tiene importancia para el arte de la novela, sino que conserva, por otras vías, su pertinencia como crítica a la realidad y a los medios con que la representamos y la construimos.

Más importante me parece la visión que desarrolla Kafka mediante sus personajes, en especial los protagonistas de sus novelas. El siglo XX les otorgó primacía a las situaciones kafkianas, sobre todo porque permitían identificar al ser humano como víctima de sistemas o condiciones materiales y metafísicas que lo reducían a la injusticia y el absurdo. Para mí, lo

interesante y lo que más se asemeja a estos tiempos, es que los antihéroes de las novelas de Kafka aceptan, antitrágicos, el destino que se les impone sin coherencia. Siguen el juego, aunque el único resultado previsible parece la muerte o por lo menos la desgracia. La falta de causalidad también se comprueba en la psicología de los personajes, quienes escapan a la lógica común.

Gregor no se pregunta demasiado, quizá nada, por qué ha padecido la transformación que lo atormenta y que acabará con su vida. Tampoco parece querer revertirla. A su conciencia no le queda espacio para eso. Está agobiada por las responsabilidades y lo que más lo agita de su nuevo cuerpo es que lo incapacitará para asistir al trabajo, que detesta. Aunque más rebelde y consciente de su situación, Josef K. también se entrega al laberinto de postergaciones y escenas confusas de su proceso. En *El castillo*, K. decide permanecer ahí, a pesar de los rechazos y la imposibilidad de conseguir lo que quiere. ¿Por qué no huye, por qué no busca otro lugar? ¿Es la única opción que le queda?

Con estos personajes, Kafka tuerce lo trágico en un giro moderno. Sus protagonistas no se vuelven responsables de su destino por una soberbia ciega que los hace creer que pueden escapar a él, como ocurría en la tragedia griega o con Hamlet y Macbeth. Se vuelven responsables de su destino por entregarse a situaciones que no les ofrecen esperanza. Y muchas veces no



solo se nota en su protagonista, sino en toda una comunidad que acepta e incluso explica situaciones absurdas y adversas, sin cuestionarlas, ya sea por miedo, ya sea porque se ha vuelto su sentido común, su forma de entender la existencia misma, como ocurre en *El castillo*. Pero no hay que confundir la ausencia de cuestionamiento con la pasividad. Los personajes kafkianos no se quedan quietos a esperar su condena. Actúan y, sin quererlo, terminan contribuyendo a su destino, puesto que siguen el juego. Creen que pueden continuar el proceso y ganarlo.

Este giro moderno de la tragedia conserva su vigencia en nuestro siglo. Expresa una tendencia del comportamiento humano que todavía nos enfrenta con el enigma y el dilema que somos. Acaso la analogía más urgente sea el cambio climático. Lo que nos distingue de los modernos de los siglos anteriores es que sabemos que nuestras formas de producir y de vivir no solo no han acabado con nuestros problemas, sino que han creado otros. Sabemos que estas transformaciones a las que sometemos al mundo son insostenibles y ya hemos comenzado a padecer sus terribles consecuencias. También las religiones seculares han encontrado evidencias que las desmienten. Aun así, no nos detenemos. Hay quienes conservan la fe modernizadora de que el mismo impulso tecnológico que ha provocado la catástrofe del mundo proveerá las soluciones para sobrevivirlas. Es posible. Pero aun así es innegable el absurdo que define nuestra consciencia:

sabemos que no podemos continuar así, pero continuamos.

La lejanía que van imponiendo los siglos reducen los escritores a lo humano y a lo estético. Las obras que resultaban valiosas por lo que podían expresar acerca de asuntos históricos del presente van perdiendo, aunque no del todo, esa intensidad. Van envejeciendo y nos dicen cosas sobre lo que llamamos condición humana, pero dejan de expresar cuestiones específicas sobre nuestro presente, en términos históricos. También con Kafka ocurrirá esto, pero no aún. Su narrativa todavía nos sirve para pensar nuestra realidad; pero esas cuestiones ya no se ubican en la originalidad de sus situaciones, sino en sus personajes y sus laberintos.

Como sea, Kafka es un gran escritor de personajes, aun si esos personajes tienen que ver con lo que los seres humanos han compartido a lo largo del tiempo más que con circunstancias históricas específicas. Hubo una larga tradición que quiso ver a los protagonistas de sus novelas famosas como víctimas quietas, inocentes en un sentido moral y no solo judicial. Pero lo interesante y lo complejo de esos hombres atrapados en procesos, cuerpos transformados y trámites confusos es el mal que pueden provocar, voluntaria o involuntariamente, a los otros y a sí mismos. Kafka nunca los idealizó. Sin negar su mala fortuna ni su sufrimiento, también mostró sus complicadas personalidades, sus deseos cuestionables, su carácter tan



impredecible como la realidad a la que se enfrentan.

¿Qué imagen irá tomando Kafka a lo largo de nuestro siglo? Mi propuesta no pretende ser una profecía. Pero en estas primeras décadas, hay que admi-

tir que ya no compartimos las mismas lecturas que sus intérpretes del siglo pasado. Sin embargo, todavía compartimos a Kafka y el terrorífico parecido con sus personajes.



Rocío Sáenz, *Heroínas*, 2022, (detalle).